

Centralismo e Historia

JOSÉ MARÍA MURÌÀ

Centralismo e Historia

*Discurso de ingreso como miembro numerario
de la Academia Mexicana de la Historia
México, D.F., 3 de agosto de 1993*

JOSÉ MARÍA MURIÀ

Respuesta

MIGUEL LEÓN-PORTILLA

ENSAYOS
JALISCIENSES



Asociados Numerarios de El Colegio de Jalisco

Gobierno del Estado de Jalisco
Universidad de Guadalajara
Instituto Nacional de Antropología e Historia
El Colegio de México, A. C.
Concejo Municipal de Guadalajara
El Colegio de Michoacán, A. C.

© D.R. El Colegio de Jalisco
5 de mayo 2009
C.P. 45100
Zapopan, Jalisco

Primera edición, 1993
Impreso y hecho en México
ISBN 968-6142-17-7

Cuidado de la edición:
Isabel Orendáin y
Ma. Amparo Ramírez

Resulta de sobra explicable y justificable el gozo de ingresar a esta Academia, al que se agrega en este caso el de estrenar un sitial.

Aun cuando el oficio de hurgar en el pasado comporta un deleite especial con lo añejo, como hombres y mujeres que son de su propio tiempo, los historiadores saben igualmente gustar de lo nuevo; no en balde la historia, al igual que lo histórico, además de repetición es también un proceso de creación.

Ser el primer usuario de un sillón tiene otra ventaja: no hacer frente al duro trance de ocupar una vacante que se debe a un deceso de lamentar y que, por inevitable, no deja de ser doloroso.

No obstante, sin desear el mal de nadie, he de reconocer que me hubiera gustado, según se estila, empezar este discurso haciendo el panegírico de algún colega notable, ofrecer un análisis aunque fuera superficial de su obra y, sobre todo, a manera de homenaje, destacar los mayores atributos de ella. Tengo la sensación de que así debe ganarse un cierto aliento y alguna de las cualidades del antecesor. Por algo los antiguos sepultaban a sus muertos en las inmediaciones de las sementeras.

Como sucedáneo, me permito aprovechar esta oportunidad, señoras y señores, para manifestar públicamente mi admiración y respeto por todos los que son y han sido miembros de esta Academia Mexicana de la Historia, y por todo lo que hacen y han sabido hacer. Además, deseo reiterar mi gratitud a los académicos de número por el inmenso honor —cuyo merecimiento cuestiono— que me han hecho al sumarme a su digno cónclave.

Esta distinción la concibo, más que nada, como un reconoci-

miento a quienes se dedican a estudiar la historia de México y a escribir sobre ella con una perspectiva y una concentración provinciana, en mi caso particular del estado de Jalisco, en el entendido —es de justicia proclamarlo— de que esta Academia ha estado desde hace tiempo especialmente interesada en apoyar a los historiadores que llama “foráneos”, como lo muestra el hecho de que varios de sus actuales miembros numerarios residan fuera de esta gran ciudad y algunos estén dedicados plenamente a la historia de su región.

De ahí que ose hablar con la franqueza y la confianza con que lo haré, a sabiendas de que este cenáculo no malinterpretará lo que voy a decir ni pensará que vengo en calidad de agresor. Estoy seguro de que percibirá la legitimidad de esta preocupación mía por una problemática que, en vez de resolverse, tal parece que día tras día se vuelve de mayor gravedad.

Durante mis años de estudiante de historia en la Universidad de Guadalajara, don José Guadalupe Zuno, quien impartía una buena parte de las cátedras, solía propagar la idea de que la Conquista de México la habían hecho los indios, la Independencia los españoles, la Reforma los curas y la Revolución los terratenientes.

Como se sabe, con ello aludía a los muchos indios que se aliaron a los españoles para pelear en contra de los otros indios; a los criollos —españoles-americanos— que participaron en las luchas independentistas; a quienes egresaron de los seminarios y, enarbolando la bandera liberal, emprendieron otra “modernización” del país, y a ciertos personajes como Francisco I. Madero: hacendados que prohicieron la guerra contra don Porfirio.

Pues bien, al referido aserto me gustaría agregar que han sido precisamente reputados federalistas quienes más han contribuido a darle forma y consistencia al actual centralismo mexicano, al extremo de que, en el lenguaje provinciano de todos los días, concientemente o no, lo “federal” se refiere al centro del país y al cúmulo de acciones y decisiones emprendidas y tomadas unilateralmente desde aquí, sin considerar muchas veces opinión alguna de los mexicanos “foráneos” o, por lo menos, procurando el respeto por la gran diversidad que existe entre las partes que componen a nuestra nación.

No se requiere una especial percepción para advertir que en la provincia mexicana el término “federalización” es un sinónimo perfecto de “centralización”.

En apoyo de esta paradoja, podríamos recordar, por ejemplo,

que durante el año de 1973, etiquetado precisamente como el "año del federalismo", se adoptaron diversas medidas administrativas que culminaron con la casi total concentración de los ingresos fiscales en las arcas del Palacio Nacional, dejando a las tesorerías de los estados prácticamente a merced de lo que buenamente se les quiera conceder.

No es el caso discutir si la dicha centralización, que mucho se agudizó a partir de la tercera década de este siglo, resultó indispensable para consolidar la "unidad nacional". Unidad muy rígida pero también muy conveniente en virtud de los vecinos poderosos y peligrosos que tenemos. Asimismo, podría hablarse de que la acción centrípeta fue un signo del tiempo —una moda o una tendencia general—, pues de los primeros 75 años del siglo XX destaca el ansia de consolidar estados nacionales y, a partir de ellos, emprender la construcción de entidades políticas aun más grandes. Sin embargo, esta centuria parece no llegar a su fin sin que muchas de estas aspiraciones se vayan por el caño.

En México, por lo menos, es evidente que las cosas han ido demasiado lejos y hace mucho que debió haberse empezado a revertir el proceso de concentración. A lo largo y ancho de la República ha surgido un clamor de inconformidad y, de seguir las cosas igual, no dudemos que pronto se alcanzará a convertir en una airada exigencia que podría llegar a meter en dificultades incluso a la propia integridad nacional.

En sólo una década, por caso, en la provincia donde vivo y en muchas otras del occidente y del noroeste de México que he tenido la oportunidad de conocer bien lo mismo antaño que hogaño, la actitud respecto de la gente que procede de la Gran Ciudad ha cambiado en forma radical.

Unos años atrás, por ejemplo, atender "como es debido" a quien llegaba de la capital a pasar unos días o unas horas entre nosotros, era un deber sagrado impuesto por la casi religiosa vocación de mantener la fama de hospitalarios. Era lo que llaman los antropólogos un verdadero patrón de conducta.

Todavía a finales de los años setenta, la recepción cierta o

inventada de capitalinos era con frecuencia una magnífica excusa para justificar el incumplimiento: "No pude porque tuve gente de México", se le decía a quien le habíamos fallado y éste quedaba indefectiblemente satisfecho con la disculpa.

Menos de dos lustros después tal patrón ha cambiado radicalmente. Hay un enorme trecho entre aquella cariñosa manera de ser y la frase, terrible como quiera que se vea, reiterada cada vez más y con mayor énfasis:

"¡Haga patria. Mate un chilango!"

o, lo que es peor:

"No lo mate, porque vienen los parientes al velorio y ¡se quedan...!"

Quiero subrayar que no se trata de una actitud aislada ni de un desplante accidental. La animadversión es profunda y sumamente generalizada. Incluso ha costado ya algunas vidas y dado pie a no pocas agresiones de palabra y obra. De no cambiar substancialmente la relación que se ha establecido entre la capital del país y la periferia, no resulta una exageración suponer, como decía al principio, que pudiera llegar a crearse un conflicto interno de imprevisibles consecuencias.

Sin embargo, quienes tienen los hilos más gruesos en la mano, en todas y cada una de las esferas nacionales, no dan trazas de haberse percatado de la gravedad de la situación. Al menos así lo indica el cotidiano incremento y abuso del poder, sin percibir el enorme daño que se está haciendo. El problema, a fin de cuentas, lesiona a todos los mexicanos y a todos compete buscar una solución.

Sirva lo anterior al menos para exhibir una de las preocupaciones mayores de este simple historiador de una provincia de México y su deseo de compartir con ustedes, en el seno de una venerable y respetable institución como esta Academia Mexicana de la Historia, el deseo de que se busque una mejor concepción general y generalizada de la historia nacional, a sabiendas de que, para esta Academia, el ser 'mexicana' no la compromete únicamente con el Distrito Federal —forjado en torno a esta "muy

noble y leal ciudad"—sino también con todos y cada uno de los treinta y un Estados Unidos Mexicanos.

En la Academia de la Historia, por lo menos, cuando se piensa en México se considera plenamente la complejidad de sus casi dos millones de kilómetros cuadrados. Pero no es igual, por desgracia, en todas las demás instituciones oficiales y privadas.

Creo firmemente —tal es la mira de mi quehacer profesional— que la historia puede contribuir de manera importante a que nos veamos todos con mayor respeto y a que, mediante una mejor explicación y comprensión de la realidad presente y del pasado que compartimos, lleguemos a percibir más claramente “a qué le tiramos” y a “qué le podemos tirar”, y se achiquen así las muchas barreras que cuadriculan a nuestra sociedad, en detrimento de su cohesión y coherencia.

Más como una sustentación de lo que debe hacerse, que de una narración de lo realizado ya, me propongo poner a su consideración lo que he pensado a la sombra de mi ya larga experiencia provinciana, con base en tres escritos de otros tantos profesores muy distinguidos y diferentes entre sí, tanto por su filiación como por su intención, que han influido sobremanera en nuestro medio académico, pero no, desafortunadamente, en otras esferas más trascendentes en la sociedad. De haber sido así, el centralismo mexicano no habría llegado a convertirse en un problema tan delicado.

Me refiero a José Gaos en primer lugar, cuya impronta en lo que él mismo llamaría mi “idea del mundo” y en mi manera de trabajar proclamo con orgullo y trasciendo con mucho lo que diré de él aquí. Me apoyaré en un concentrado ensayo suyo se titula “Notas sobre la historiografía”,¹ el cual fue publicado por primera vez a mediados de 1960, en *Historia Mexicana*, ameritada revista

1. José Gaos. “Notas sobre historiografía” en *Historia Mexicana*. México. El Colegio de México, (36) vol. IX, núm. 4. abril-junio de 1960, pp. 481-508. Se publicó también en:

José Gaos. *De antropología e historiografía*. Xalapa. Universidad Veracruzana, 1967 (Cuadernos de la Facultad de Filosofía, Letras y Ciencias, 40), pp. 283-318; y en:

Alvaro Matute. *La teoría de la historia en México. (1940-1973)*. México. Secretaría de Educación Pública, 1974 (Col. SepSetentas, 126), pp. 66-93.

que se produce en El Colegio de México, precisamente donde el doctor Gaos fue para mí un maestro cabal, semana tras semana, entre la nevada que cayó sobre esta ciudad uno de los primeros días de 1967 y la aciaga tarde del 10 de junio de 1969, cuando falleció.

Gaos tenía una marcada tendencia al ahorro de espacio y tiempo, de modo que en sólo 67 notas y menos de 27 páginas comprimó sus ideas fundamentales sobre la historiografía, el historiar y la Historia, las cuales rigieron todo el trabajo que hice entonces y una buena medida de lo que hice después.²

Gaos era, sin duda, un gran amante de la libertad, en favor de la cual habría de combatir permanentemente desde la condición que él mismo se atribuía: la de un profesor de filosofía.

Partía de la premisa de que la explicación y la composición de la historiografía debían forjarse con base en conocimientos autóctonos: que el entendimiento de la realidad debe tener una sólida cimentación en ella misma y no depender de exóticas formas de pensar dominantes, hegemónicas o simplemente en boga.

En otros términos que se pusieron de moda después, podría decirse que Gaos fue un gran luchador en pro de la “descolonización” mental o de la “liberación” intelectual.

Establecía Gaos que “una tendencia general del espíritu humano... mueve a los descubridores de conceptos o categorías de un sector de la realidad universal” a considerar que pueden ser válidos también para otros sectores o, incluso, para el universo entero.³ Dicho de otra manera: siguiendo con tal tendencia generalizadora se acaba atribuyendo un valor universal que normalmente no tienen a conceptos y categorías obtenidos del estudio particular de un espacio y un tiempo determinados.

En sentido estricto, un valor universal relativo o tentativo sólo

2. La dedicatoria que me dejó escrita en el libro *De antropología e historiografía* dice, justamente: “...en recuerdo del trabajo en el seminario de El Colegio de México, dirigido por las ideas resumidas en “Notas sobre la Historiografía”.

3. *Op. cit.*, nota 51.

podría atribuirse a ciertos conceptos cuando hayan tenido éxito en muchos sectores de la realidad y un valor universal indubitable cuando quede demostrada su eficacia en todos y cada uno de ellos.

Hay casos, es cierto, en los que "transterrar" conceptos y categorías o llevarlos de un tiempo a otro, puede resultar eficiente, aunque debe tratarse de dos realidades exactamente iguales para aceptar *a priori* que tales nociones sean capaces de coadyuvar a la comprensión y al entendimiento de la otra realidad.

Así, Gaos enuncia categóricamente que:

el historiador de la cultura mexicana se sentirá tentado a aplicar a la realidad mexicana conceptos de éxito en la historiografía de otras culturas —y hasta conceptos de disciplinas distintas... en vez de esforzarse por conceptualizar la historia de la cultura mexicana en forma tan *sui generis* como es la cultura mexicana y su historia mismas.⁴

Dicho de otro modo, el Maestro insta al estudioso de la sociedad a no dejarse guiar por simples "machotes", en lo que acabaron con excesiva frecuencia los famosos "marcos teóricos" *marxófagos* —que no marxistas— que estuvieron tan de moda en América Latina durante los años setenta y una buena parte de los ochenta. De acuerdo con tales preceptos, el historiador no iba más lejos que quienes van de casa en casa, empecinados en saber cuántos somos, a qué nos dedicamos, si vamos a la iglesia o no y si hablamos alguna lengua indígena...

A Gaos le preocupaba especialmente que "las divisiones y subdivisiones de la materia histórica" no le sean impuestas al investigador "desde un antemano extrínseco", sino que sean las sugeridas "por la articulación con que lo histórico mismo se presenta".⁵ Esto significa que la división temporal, o de cualquier otra índole, no puede considerarse como absoluta, por lo que

4. *Loc. cit.*

5. *Op. cit.*, nota 50.

deben establecerse criterios diversos según sea el caso particular de que se trate.

En suma, aseguraba el maestro que

en ningún sector de la realidad pueden tener éxito teórico ni práctico más conceptos o categorías que los autóctonos de él.⁶

El historiador debe precisamente aprender a resistir la tentación de caer en tal generalización y a mejorar el conocimiento de su materia, esforzándose por "descubrir los conceptos o categorías autóctonos de cada sector de la realidad".

Me consta que a Gaos le preocupaba sobremanera el eurocentrismo que ha prevalecido en la concepción de América y, en especial, de la América española, tanto en quienes la han visto y malconceptuado desde Europa, que en aquéllos que han tratado, desde aquí, de verla reflejada en el espejo europeo, con la consecuente deformación y desestima de lo propio y, sobre todo, el sometimiento intelectual que ello implica.

Quiero evocar aquí al *Bosquejo de un cuadro histórico de los progresos del espíritu humano*, tan representativo de su circunstancia, escrito por el Marqués de Condorcet justamente cuando se escondía de ex-correligionarios y paisanos que lo buscaban con las peores intenciones.

Todas las naciones deben aproximarse algún día al estado de civilización a que han llegado los pueblos más ilustrados, los más libres, los más libertados de prejuicios, tales como los franceses y los angloamericanos...⁷

Según éstas, y millones de palabras más en el mismo sentido escritas por doquier, el único derrotero válido es el que transita por las etapas que ha recorrido la civilización de Europa occidental.

6. *Op. cit.*, nota 51.

7. Marie Jean Antoine de Condorcet. *Bosquejo de un cuadro histórico de los progresos del espíritu humano* T.II (Los progresos futuros). trad. Domingo Barnés. Madrid, Espasa Calpe, 1921, p. 6.

Tal sería el auténtico camino del progreso. De ahí la dicotomía "civilización y barbarie" que tanto se manejó entre nosotros y justificó, del río Bravo a la Patagonia, lo mismo abiertas campañas para matar indios que el afrancesamiento galopante que todos conocemos, o una desmedida admiración por la Isla de Hierro y sus hijos norteamericanos.

"Un país sin ingleses es como un bosque sin árboles", dijo el argentino Juan Bautista Alberdi, en ocasión de su arremetida contra la Doctrina Monroe y para abogar en favor del establecimiento de un congreso general de las naciones americanas de filiación española.⁸

Pero tal actitud no ha cambiado substancialmente hoy. Quizá los sujetos de referencia son diferentes, pero sigue predominando entre nosotros la vocación de vernos con otros ojos.

Recurro a la categórica declaración de Guillermo Bonfil Batalla en el sentido de que no se ha realizado en México una verdadera "descolonización mental"; que los sectores dominantes de la sociedad mexicana continúan viendo a su propio país con "una mentalidad fundamentalmente igual a la de los europeos que vinieron en el siglo XVI"; "una visión que implica [dijo] una inferioridad natural del colonizado y un menosprecio absoluto por todos los aspectos de su vida". De esta manera, aún hoy día, "todo lo diferente... se percibe como inferior y como el mayor obstáculo para que el país sea moderno".⁹

Por inspiración del maestro Gaos y bajo su dirección, hace un cuarto de siglo estudié justamente la relación entre *Sociedad prehispánica y pensamiento europeo*,¹⁰ con ánimo de exhibir, además de esta discriminación o menosprecio, lo mal que puede percibirse una realidad determinada con base en conceptos y categorías ajenos a ella misma.

8. Cfr. *Hispanoamérica en lucha por su independencia*. México. Cuadernos Americanos, 1962, pp. 83 y ss.

9. César Güemes. "Aún colonizado, el pensamiento de los sectores dominantes" [entrevista a Guillermo Bonfil Batalla] en *El Financiero*. México, D.F., martes 16 de enero de 1990, p.74.

10. *Sociedad prehispánica y pensamiento europeo*. México. Secretaría de Educación Pública, 1973 (Col. SepSetentas, 76).

Lo que Gaos proponía era la búsqueda de un conocimiento sólidamente basado en la realidad, que sirviera para comprender mejor a la sociedad e influir en ella de la manera más conveniente posible.

En este caso, Guillermo Bonfil diría que "debemos aprender a ver a occidente desde México en vez de seguir viendo a México desde occidente".¹¹

Para evitar malas interpretaciones y que se le atribuyeran ideas que no compartía, agregaba categóricamente:

Occidente irrumpió en México hace 500 años y, además, tenemos tres mil kilómetros de frontera con el país más poderoso de la civilización occidental; negar globalmente a occidente o pretender aislarnos de su presencia no sólo sería imposible: sería imbécil.¹²

Su proposición, en términos generales, la plantea así:

asimilar los elementos occidentales necesarios o inevitables para un proyecto nacional autónomo, sin que esa adopción implique la incorporación de otros que, por su propia naturaleza y dinámica, niegan la posibilidad del pluralismo.¹³

No cabe duda de que México es un país plural, aunque sometido en más de un aspecto a criterios unitarios y forasteros que han favorecido su dominación desde el exterior. Existe en su seno, quiérase o no, una diversidad tan intensa y legítima que, en vez de ser combatida como se ha hecho hasta ahora, con el consiguiente desgaste, infructuoso puesto que aún subsiste y su intensidad es creciente, lo que deberíamos hacer es buscar el aprovechamiento de las enormes ventajas que podrían obtenerse de un acervo tan rico.

No se piensa aquí únicamente en la multiplicidad de las

11. Guillermo Bonfil Batalla. *México Profundo*. Una Civilización Negada. México. CIESAS-SEP, 1987 (Foro 2000), p. 235.

12. *It.*, p. 234.

13. *It.*, pp. 234-235.

riquezas naturales, por supuesto, sino en los beneficios de confrontar, sumar, sintetizar y, por ende, de ganar alternativas, disponer de más soluciones y caminos, emanados de una manera también diversa de ver las cosas, en el marco de una cualidad que todavía es común a todos los mexicanos: la voluntad general de formar parte de esta nación. En efecto, salvo excepciones mínimas que, por lo menos ahora, no son siquiera dignas de tomarse en cuenta, puede decirse que todos los mexicanos tenemos el firme deseo de seguir siéndolo... ojalá continúen así las cosas.

La "unidad nacional", pues, no debe seguirse entendiendo como una mecánica que descansa en la uniformidad, sino como algo más firme que, de acuerdo con Bonfil, integre armónicamente

sectores diferentes (no desiguales, no sometidos a relaciones jerárquicas) cada uno de los cuales con el derecho real de manejarse por sí mismo dentro de la unidad estatal que los agrupa a todos, y en torno a la cual comparten ciertos propósitos e intereses comunes.

La verdad es que no se trata de una idea tan extraordinaria ni original, pues resulta más parecida a lo que se establece en la *Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos* que supuestamente nos rige, que el vigente y cotidiano rechazo de facto a quienes se apartan del rígido proyecto de país adoptado por los "mandamases" de nuestra vida política, económica y social.

La historia del México independiente incluye una larga cadena de arbitrariedades y exhibe un sin fin de descalabros causados precisamente por la imposición de medidas unitarias para todo el país, sin respeto por sus variedades y las particularidades que lo componen o, lo que es peor, haciendo gala de un acusado menosprecio por el derecho y la perspectiva regional.

No falta quien asegure que existe y ha existido en México un imperialismo interno que contraviene al más elemental precepto democrático. Se trata de una dominación doméstica que, antes que fomentar la unidad, se ha convertido en una fuerza centrífuga.

No es otra la causa de la creciente y ya peligrosa aversión al "chilango" referida al principio. Se trata de una consecuencia, simplista y malentendida si se quiere, pero real y preocupante de dicha hegemonía.

Permítaseme esbozar dos ejemplos:

1.- El concepto histórico más generalizado —lo que podría denominarse la conciencia nacional, forjada en muy buena medida por la historia que hemos enseñado— atribuye la Revolución Mexicana a indiscutibles y evidentes causas como la crisis de producción y la sobreexplotación inicua de campesinos, a la sucesión o longevidad presidencial, al escarnio del sufragio, a la extranjerización, etc., pero brilla generalmente por su ausencia el feroz centralismo impuesto por el régimen de Porfirio Díaz, lo mismo en lo económico que en lo político, que dio lugar a una enorme disconformidad de norteros más o menos pudientes.

2.- Contra la general creencia, los cristeros no tomaron las armas únicamente por motivos religiosos. Tuvo también que ver, en menor grado, la fundación del Banco de México y el surgimiento de un sistema crediticio que tendía a desplazar las actividades de las sucursales alteñas de la Santa Madre Iglesia y, sobre todo, un agrarismo que hizo tabla rasa en el país y arremetió contra cualquier tipo de terrateniente. En el caso de Los Altos de Jalisco, sus pequeños propietarios, duchos además en el manejo de armas y caballos por tanto arrear ganado entre los minerales de Zacatecas, Durango y el norte de Jalisco y el lago de Chapala, no podían dejarse invadir impunemente por individuos de otros lugares del país y de condición muy diversa a la suya, ni que los despojara tranquilamente de un rancho pequeño que constituía el asiento ancestral de su familia, el único *modus vivendi* y una primigenia razón de ser.

De tal división de la tierra dan fe, entre otras muchas fuentes, los partes militares de quienes combatieron a los cristeros con tanta dificultad, a causa del infinito número de "lienzos", esto es, bardas hechas con piedras encimadas hasta metro y medio o dos

de altura, a efecto de precisar indubitablemente los linderos, que constituyeron una cuadrícula de trincheras muy bien aprovechadas por los rebeldes antes de que el gobierno pudiera utilizar aviones en su contra.

Una medida indiscriminada, válida seguramente en otros parajes mexicanos donde imperaba un latifundismo de nuevo o de viejo cuño, no podía imponerse sin más trámite en una comunidad de minipropietarios con tanto arraigo.

De consecuencias menos espectaculares si se quiere, pero decisiones tomadas con la misma falta de criterio regional, abundan en la historia más reciente de México...

Toda la obra de Bonfil Batalla, que en buena medida se encuentra sintetizada en su último libro, *México profundo. Una civilización negada*, sacó a flote un conjunto de elementos y componentes de la sociedad de orígenes muy antiguos y que siguen sobreviviendo a pesar de haber sido soslayados e ignorados o bien claramente perseguidos y sometidos, según el caso, con abiertos deseos de aniquilamiento por un México que él denomina "imaginario", de considerable filiación y vocación extranjeras.

Parte de la premisa de que existe un sustrato indígena en México, con un historial milenar de identificación con este medio natural, que ha sido imposible aniquilar y que, más aún, con frecuencia ha servido de refugio y abrevadero al cundir la desolación o el sentimiento de que se ha perdido el rumbo.

Podría aludir aquí al éxito que han alcanzado mexicanos como José Clemente Orozco o Juan Rulfo, por casualidad jaliscienses ambos, que lograron universalizar elementos del "México Profundo". Pero prefiero poner un ejemplo más cercano, del que algunos presentes fuimos comparsas y uno de ellos el actor principal.

El escenario es el Museo Nacional de Antropología, de acuerdo con la *Postdata* de Octavio Paz el adoratorio mayor del mundo mesoamericano —venerado y explotado con fines turísticos—, pero no asumido como un ancestro verdadero.

Se encuentra reunido prácticamente todo el gobierno republicano y casi toda la mantequilla de la economía nacional.

Todos los presentes están abrumados por el cataclismo telúrico que acaba de castigar a esta ciudad. Es el día 9 de octubre de 1985. Parece que nadie colige qué hacer. Según la costumbre, los discursos de cuatro minutos se suceden uno a otro. Cada cual parece perder más el sentido. Es tal el rosario de estupideces que, en un momento dado, surge el temor de que hasta se diga que el terremoto del día 19 fue una gran conquista revolucionaria... hasta que Miguel León-Portilla, cuya presencia desentona del conjunto de políticos y empleados públicos, hace una brevísima intervención que genera entre los asistentes una especie de sobrecarga eléctrica: empieza por hablar en el mismo idioma que se ha hablado en este valle desde hace más de mil quinientos años, y recita en náhuatl, antes de decirlo en español, aquel famoso texto de Chimalpain:

en tanto que dure el mundo,
no acabará, no perecerá
la fama, la gloria
de México-Tenochtitlan.

Estoy seguro de que fue entonces cuando recobraron el ánimo los asistentes. Confirmación valedera de que, además de los muchos indios que existen, cada uno de los mexicanos, sea cual fuere su filiación étnica, por el solo hecho de vivir plenamente este país y comprometerse con él, algo o mucho tiene de indio también.

El propio León-Portilla asegura explícitamente que "las grandes mayorías latinoamericanas están enraizadas no sólo en el injerto ibérico, sino también en el africano y en la matriz milenaria amerindia" y que "fortalecer a los pueblos de cultura original es a la vez fomentar el propio ser de la nacionalidad".¹⁴

La existencia de un *México profundo* no se manifiesta, pues,

14. Miguel León-Portilla. *América Latina. Múltiples culturas, pluralidad de lenguas*. México. El Colegio Nacional, 1992, p. 44.

sólo en un determinado número de mexicanos cuyas raíces genealógicas en esta misma tierra llegan hasta tiempos prehispánicos; en una buena medida, sin importar su origen, persiste en cada uno de quienes ahora viven en ella. Es, como dice León-Portilla, la "conciencia histórica que hace suyo un pasado de milenios".¹⁵

Mas no puede hablarse de un substrato indígena único. Las diferencias entre los pueblos que habitaron esta casa nuestra antes de ser conquistada por los españoles son por demás notorias y no se requiere, para estos fines, de mayor abundamiento. Baste recordar que, además del náhuatl, que los franciscanos incluso trataron de imponer como una *lingua franca* durante la primera centuria colonial, han sobrevivido hasta hoy por lo menos cincuenta y seis lenguas, algunas de una gran prosapia.

Asimismo, a la multiplicidad del paisaje y de la esencia cultural indígena, debe sumarse otro elemento que hemos ignorado con frecuencia y no falta quien haya procurado esconderlo o, por lo menos, reducir al máximo. Se trata de los negros que, al decir de don Gonzalo Aguirre Beltrán, fueron descargados legal o clandestinamente en nuestras costas, a lo largo de casi toda la época colonial, en número mucho mayor al de los españoles, especialmente al mediar el siglo XVII, cuando el descabro demográfico de los indios llegó a su máxima expresión. A pesar de su mayor mortandad, siempre hubo una proporción cercana a la de siete negros por cada tres españoles.¹⁶

La diversidad de sus orígenes y lenguas, la dispersión de quienes pertenecían a un mismo pueblo, así como la reunión de aquellos que provenían de lugares distintos, hizo que se percibiera menos su influencia en el panorama general. De esta manera, hoy coincidimos en reconocer y aceptar la presencia de negros únicamente en algunas regiones costeras, donde resulta imposible de soslayar. No obstante, el rastreo cuidadoso va

15. *Loc. cit.*

16. Gonzalo Aguirre Beltrán. *La población negra en México*. 2a. ed. México. Fondo de Cultura Económica, 1972, p.198.

permitiendo localizar vestigios en lugares y actividades que anteriormente estaban libres de toda sospecha.

En un erial o "peladero" cercano a Guadalajara, por ejemplo, existe un pueblo que aún conserva el nombre de Santa Ana de los Negros, pues fue habitado por muchos de ellos desde el siglo XVII. Pero la pretenciosa y "criollística" aristocracia de los tapatíos ha preferido suponer siempre que se trataba de un pueblo de carboneros...

En consecuencia, no fue recibido con agrado en 1989 un pequeño libro del francés Thomas Calvo que reúne diversos ensayos sobre *La Nueva Galicia en los siglos XVI y XVII*, especialmente por uno de ellos, "Concubinato y mestizaje en el medio urbano: el caso de Guadalajara en el siglo XVII".¹⁷ Basado en información fidedigna del Sagrario Metropolitano, Calvo habla de que una cantidad de negros similar a la de los criollos, y muy superior a la de los indios, participó de la promiscuidad que imperó en Guadalajara durante la segunda mitad del siglo XVII y los primeros años del XVIII, antes de que un considerable número de inmigrantes españolas, atraídas por la bonanza dieciochesca, impusiera el orden y las buenas costumbres de que los tapatíos hicieron tanta gala después.

La búsqueda de negritud en México ha proporcionado en los últimos tiempos algunos resultados sorprendentes, como es el caso de su marcada influencia en el "mexicanísimo" mariachi, oriundo del occidente de México —palabra que, por cierto, nada tiene de francesa— y en otras expresiones culturales cuyo sabor se nos antojaba que no podía tener nada de mulato o de zambo. Es, pues, el negro otro color importante en la policromía mexicana.

Para la realización de un proyecto nacional en verdad imbricado con nuestra realidad, resulta cada vez más urgente abandonar la idea de una cultura uniforme y europea. No hacerlo puede, dice Bonfil, incluso acarrear el riesgo de

17. Thomas Calvo. *La Nueva Galicia en los siglos XVI y XVII*. Guadalajara. El Colegio de Jalisco, 1989, pp. 65-75.

acelerar la descomposición interna, acentuar las contradicciones, alentar las fuerzas centrífugas que no son convergentes sino divergentes de la propia idea de nación independiente y derribar los muros que, aunque seriamente debilitados hoy, todavía nos permiten aspirar a que la dependencia no se transforme en disolución del país.¹⁸

Reconocer el pluralismo mexicano y proceder a la consecuente búsqueda de que nuestro país sea más respetuoso de su diversidad, exige una real y pronta descentralización del poder y de las decisiones. Ello es algo muy diferente de lo que se está haciendo en algunos casos, que no es más que una simple "descentralización territorial de la administración",¹⁹ en vez de crear las condiciones para que la realidad se transforme con base en sus propias capacidades y permitiendo la expansión de tantas fuerzas creadoras que no han podido explayarse en virtud de que la dominación interna, la centralización o como se le quiera llamar, les ha escamoteado el espacio y los recursos necesarios.

Bonfil Batalla lo dice con toda claridad, cuando habla de que un nuevo proyecto de nación debe incorporar:

como capital activo todo lo que realmente forma el patrimonio que los mexicanos hemos heredado: no sólo los recursos naturales sino también las diversas formas de entenderlos y aprovecharlos, a través de conocimientos y tecnologías que son la herencia histórica de los diversos pueblos que componen la nación.²⁰

En este orden de ideas, es necesario reconocer que, en términos generales, la historiografía mexicana no ha resistido con éxito a la tendencia centralista y que en ocasiones se ha sumado con entusiasmo a ella. Por esa razón, debe hacerse un esfuerzo especial, creo yo, a efecto de poner de manifiesto la complejidad de lo que somos, y no seguir disimulándolo de una manera tal que acabe deformando o falsificando nuestra realidad.

18. Guillermo Bonfil Batalla, *op. cit.*, p. 229.

19. *It.*, p. 237.

20. *It.*, p. 12.

Dejar a los provincianos fuera de la historia y hacerlos ajenos a ella, como si fueran mexicanos de segunda clase que asisten al espectáculo desde el "gallinero" del último piso, ha contribuido a debilitar sus defensas y al aborto de muchas iniciativas, en tanto que ha favorecido sobremanera el paternalismo, haciéndonos presa mucho más fácil de patrones de conducta ajenos a nuestra naturaleza y contrarios a nuestra conveniencia.

Sin duda que un reconocimiento mejor de todo lo mexicano constituye una forma eficiente de trabajar por una verdadera democracia. No una democracia imitada, sino una democracia que emane precisamente de nuestra historia y responda a la riqueza y a la variedad de los mexicanos.

Vale recordar que no es nueva la idea de exhumar la historia de cada región. El abandono generalizado que sucedió a la Revolución, culminante en 1960 al suprimirse su enseñanza prácticamente de todas las escuelas primarias, fue antecedida por una época de cierta bonanza.

De la visión general que quiso ofrecer *México a través de los siglos* cuando se restauró la República y se pensó que no habría ya más guerras intestinas, se fueron desprendiendo historias "particulares" de las diferentes entidades federativas, de mayor o menor envergadura y calidad, pero todas con el ánimo de sumarse a una gran descripción nacional. La factura de tales libros era generalmente un tanto patriotería y romántica, mas su intención respondía al ideario positivista de ir acumulando información fidedigna para alcanzar algún día una descripción completa.

Con el paso del tiempo esta manera de entender el quehacer del historiador ha cambiado, en aras de que abone más al análisis, la comprensión y la consecuente explicación del pasado; sin embargo, en lo que se refiere a la historia regional, muchos de quienes la practican no quitan el dedo del renglón y exigen que el conocimiento obtenido sea tributario de la historia que se hace en la Capital.

No han faltado historiadores considerados como "regionales" que suelen afirmar —y, lo que es peor, esperan que así suceda—

que el historiador de provincia debe trabajar lo que haga falta para enriquecer lo que se denomina la "gran visión nacional", que no significa otra cosa que la perspectiva capitalina impuesta como valedera para toda la nación.

Otra vez el colonialismo interno que deja fuera de la memoria histórica a los provincianos, a menos de que se trate de acontecimientos que hayan repercutido directamente en la vida *distritofederalense*.

No debe haber nada que se oponga a que se haga historia para la capital, pues su habitante tiene el mismo derecho que cualquier otro mexicano a disponer de una historiografía que le ayude a conocerse y entenderse y le permita ver el mundo desde donde está, según su propia perspectiva. Por igual, es lícito suponer que se deban hacer también historias desde la provincia y para ella misma, a efecto de que cada quien pueda entenderse como el centro de su propio universo. La resultante de tales visiones —que no la suma—, y no otra cosa, es lo que debería ser la verdadera concepción de la historia nacional.

Pueblo en vilo, la famosísima obra de Luis González y González, entre muchos otros méritos, tiene precisamente el de su singular punto de vista. A diferencia de los estudios de caso para confirmar hipótesis de grandes vuelos o simplemente ratificar lo ya sabido, que se pusieron de moda por los años setenta, para don Luis, San José de Gracia no es un caso más: es, valga la expresión, el universo entero de su autor y de los demás josefinos que en el mundo son y han sido.

No importa que la cabecera del municipio de Marcos Castellanos, Michoacán, sea, según su autor, "la insignificancia histórica en toda su pureza... la nulidad inmaculada", donde no ha ocurrido hecho alguno "de los que levantan polvareda".

Luis González justifica tímidamente haber hecho un libro sobre algo "absolutamente indigno de atención" diciendo que es "la pequeñez típica"; que precisamente en "su tipicidad está su fuerza", que interesa porque ha "sido una comunidad aislada...

que en los últimos años se ha incorporado... al río central que es México".²¹

Pero la verdad es que a su autor le importa un bledo que el tema sea importante o no.

Todos los pueblos que no se miran de cerca con amor y calma son un pueblo cualquiera, pero al acercarlos el ojo... cargado de simpatía, se descubre en cada pueblo su originalidad, su individualidad, su misión y destino singulares, y hasta se olvida lo que tiene de común con otros pueblos.²²

Por eso se dice que *Pueblo en vilo* es "una historia universal de San José de Gracia", pues procura aprehender todo lo que le atañe —dentro o fuera de él— y, a fin de cuentas, puede decirse que es la plaza del pueblo la atalaya desde donde se observa el mundo.

Quede claro que no se trata de ver tan sólo lo que la vista alcanza, sino de relacionar naturalmente la vida de los josefinos con su entorno y tener presentes las "presiones foráneas" que ha recibido muchas veces, pero con plena conciencia de que la de San José "difiere notablemente de la vida directora del país; tiene otra sustancia y otro ritmo".²³ Así lo pudo constatar su autor hurgando en las profundidades y no dejándose encerrar en marco teórico alguno, sin partir de "ningún símbolo o modelo ideal", buscando empíricamente los conceptos y categorías que le son propios o, según sus propias palabras, aprovechando su cualidad personal de ser peatón y miope.

¡Cuántas barbaridades hemos tenido que soportar de quienes, así como algunos quieren ahora que haya universidad a distancia, se han dedicado a practicar la historiografía a distancia!

Con una idea del oficio de historiar como el de la *Microhistoria de San José de Gracia* —sin duda válido para espacios más

21. Luis González. *Pueblo en vilo. Microhistoria de San José de Gracia*. 2a. ed. México. El Colegio de México, 1972, p. 2, *passim*.

22. *Loc. cit.*

23. *Loc. cit.*

grandes y aun más pequeños— se propicia una mejor conciencia del papel que se ha desempeñado y del que puede llegarse a desempeñar. Difícil es no caer en la tentación de creer que *Pueblo en vilo* no haya contribuido, aunque sea un poquito, al enorme crecimiento que ha tenido San José de Gracia en los últimos años.

Aportemos al conocimiento nacional lo que verdaderamente somos, al igual que nuestra particular forma de ver las cosas. De esta manera la comunidad mexicana, toda, podrá aprovechar cabalmente su riqueza, será más coherente y habrá mayor cordialidad. En otras palabras, seremos todos auténticos, y nos entenderemos mejor con base en conceptos y categorías reales y, por lo mismo, valederos y útiles para una adecuada explicación de nuestras esencias y raíces, que ayude verdaderamente a consolidar una buena convivencia de todos en esta gran casa que nos ha tocado en suerte para vivir.

RESPUESTA

Encendidas palabras, ironía y alegato, sobre una doble realidad que entre nosotros tiene muy antiguas raíces, entretejen el discurso que acabamos de escuchar. Centralismo del acontecer que rige el destino de México y centralismo en la concepción histórica de ese acontecer, son las dos realidades sobre las que ha fijado su mirada José María Murià, a quien hoy recibimos en esta Academia.

Al oír este discurso suyo me asaltaron varias perplejidades y preocupaciones. ¿Qué debía responder a José María, mi antiguo discípulo y estimado amigo, hoy distinguido colega? ¿En particular, qué podía expresar alguien que, como es mi caso, ama entrañablemente a esta muy noble y muy leal ciudad de México, entre otras cosas por haber nacido en ella cuando era aún gustosamente habitable, sin contaminaciones y de un tamaño a la escala del hombre? Pero, ¿qué iba a decir yo, viviendo aquí, al lado de otros veinte millones de habitantes y, en mi situación de historiador, con conciencia plena de que esta ciudad desde no mucho después de su fundación en el siglo XIV, ha sido siempre cabeza y corazón de un vasto país, unas veces imperio, otras suma de reinos, virreinato, imperio de nuevo y, felizmente, a la postre perdurable república?

Los regímenes han cambiado en México pero una realidad parece inmutable. Esta metrópoli —hoy, triste gloria, la más grande del mundo— la enorme Tula que es México Tenochtitlan, ha sido, desde hace más de medio milenio, centro que todo lo

atrae, centro donde se toman las decisiones y donde se piensa que ocurre lo de verdad importante para la nación entera.

El nombre mismo de nuestra ciudad parece ya proclamarlo. La palabra México incluye la raíz del vocablo *xic-tli*, que significa "ombligo". Metáfora y prenuncio, esta ciudad ha sido y es ombligo, pero no de lo apuntado por otra metáfora en la raíz de vocablo con el que se une el *xic*— del ombligo. Me refiero a la metáfora de *metz (tli)*, "la luna" o tal vez de *me(tl)*, el verdor esplendente de las pencas del maguey, que una u otra cosa, se dice significa la palabra México. Ombligo es esta metrópoli, *xic-tli*, de esa gran realidad que es la entidad geo-política de esta república, una cuarta parte de cuya población vive apiñada en ella.

Sus millones de habitantes siempre en aumento, mal respiramos aquí, padecemos de múltiples formas, nos afanamos y a veces también, a pesar de los pesares, no regocijamos, aferrados, pues no nos queda otro remedio, al ombligo que cada día se torna más grande. Parecería casi natural, a la luz o más bien en la triste penumbra de todo esto, que la historia entera del país se haya concebido, escrito y difundido en función de esta metrópoli, ombligo de la nación desde hace siglos. De cara a esto, que se antojaría natural como reflejo de nuestro arraigado centralismo, las palabras de José María Murià, apartándose de la tranquila exposición de un discurso académico, resuenan como voz de alarma y de protesta.

Mi encargo es responderle, preguntándome si exagera pintándonos un cuadro de tan sombríos colores o, por el contrario, hace una llamada de atención, reforzada por su condición misma que lo lleva a describirse como "un simple historiador de una provincia de México". Antes de responderle, contradiciéndolo o dándole la razón, pidiéndole tal vez matizar un poco más sus palabras, quiero, con gran gusto, evocar al menos sus principales merecimientos.

Vinculado a Guadalajara desde su infancia, aunque inescapablemente chilango, puesto que nació en esta megalópolis, José

María Murià es hombre de recia personalidad, ardoroso defensor de lo que piensa, y atrevido en su obrar, más allá de lo común, sobre todo en sus años mozos. Siendo estudiante, tuvo como guía al maestro transterrado don José Gaos. Con éste quedó él para siempre vinculado en circunstancia que tengo por emblemática y en la que estuve como testigo y participante. Fue en el examen suyo de doctorado, allá en el aula magna de El Colegio de México, todavía en su sede de las calles de Durango, con don Wigberto Jiménez Moreno y conmigo de sinodales, presidido por el maestro Gaos, donde éste terminó su misión en la tierra. Concluido el examen, y tras haber convenido en conceder a José María mención honorífica *summa cum laude*, conversando sobre lo que es la historia como arte, firmada ya por él una de las actas, José Gaos que, como él decía, estaba "empatriado" en México, y había formado a tantos historiadores y filósofos mexicanos, tuvo la muerte del sabio, en el ejercicio mismo de su acción ejemplar.

De lo que ha aportado su discípulo José María Murià, recordaré sólo lo más sobresaliente. Comenzaré por el trabajo que fue su tesis doctoral intitulado *Sociedad prehispánica y pensamiento europeo*. En él campeó ya la misma preocupación de la que es nuevo testimonio el discurso que nos ha ofrecido. Su objetivo allí fue mostrar, como nos lo acaba de reiterar, "lo mal que puede percibirse una realidad determinada —en ese caso la de la sociedad prehispánica— con base en conceptos y categorías ajenas". Decidido empeño manifestó entonces por ahondar en lo que es propio, con su multiplicidad de diferencias, en el que reconoce como ser plural de México. La historia de Jalisco —la suma de aconteceres que forman la urdimbre y la trama, ricas y en sí mismas también variadas, a partir de la presencia indígena en lo que después fue la Nueva Galicia y luego un estado que ha creído en lo que significa un pacto federal— ha sido tema central en el interés profesional de nuestro amigo y colega Murià. Le decía yo, medio en broma medio en veras, que, infatigable, nos ha dado ya tantos acercamientos a la historia de Jalisco, uno en cuatro

grandes volúmenes, otro en uno solo, uno más en breve opúsculo, de suerte que sólo falta otro en una sola página o en el blanco de una uña.

Más que seguir con el elenco de sus obras —otros libros, muchos artículos, ponencias y ensayos— aludiré ahora a sus quehaceres como organizador y director de instituciones y proyectos en el campo de la historia. José María ha tenido a su cargo, entre otras varias cosas, la dirección general de Archivo, Biblioteca y Publicaciones de la Secretaría de Relaciones Exteriores y asimismo de El Colegio de Jalisco. En la primera de estas instituciones reorganizó archivo y biblioteca facilitando considerablemente su consulta y desarrolló también un amplio programa editorial sobre temas vinculados a la historia del servicio exterior mexicano. En El Colegio de Jalisco ha sido él y continúa siéndolo, promotor decidido de un centro de alto nivel académico tan requerido en la región de Occidente y con sede en Zapopan. Allí ha fomentado varias series de ediciones sobre historia regional y también diversos programas de investigación y docencia, al igual que reuniones y congresos. Uno de los más recientes, de significación internacional, lo llevó a cabo en cooperación con el Gobierno de Nayarit. Versó él sobre los viajes de exploración al noroeste del continente americano, hasta las costas de Alaska, partiendo de San Blas, entonces parte de la Nueva Galicia, durante el último tercio del siglo XVIII.

No es mi intención reconstruir aquí el extenso *curriculum vitae* de José María. Por ello, sólo añadiré que de un historiador como él —tan enterado de las principales corrientes historiográficas de nuestro tiempo y a la vez tan acucioso investigador de la historia neogallega y del moderno Jalisco, así como activo director de instituciones y propulsor de empresas culturales— mucho es lo que podemos esperar, alegrándonos ahora al contar con su apoyo, como miembro de pleno derecho, en esta Academia Mexicana de la Historia.

Dicho esto, responderé ya en forma concisa a las cuestiones

que ha planteado en su discurso. Duras son las palabras con que lo inició:

Han sido precisamente —nos dijo— reputados federalistas quienes más han contribuido a darle forma y consistencia al actual centralismo mexicano, al extremo de que, en el lenguaje provinciano de todos los días, concientemente o no, lo 'federal' se refiere al centro del país y al cúmulo de acciones y decisiones tomadas unilateralmente aquí, sin tomar en lo más mínimo en cuenta... la gran diversidad que existe entre las diferentes partes que componen esta nación.

Palabras duras son éstas, pero desgraciadamente verdaderas. Creo que no es necesario aducir ulteriores hechos o razonamientos para sustanciar estas proposiciones. Ellas son, por así decirlo, punto de partida en la argumentación de nuestro colega. Matizando luego lo que ha expresado, nota que, para consolidar estados nacionales y aun unidades políticas más grandes, "la acción centrípeta fue un signo del tiempo —una tendencia general— de los primeros setenta y cinco años del siglo XX". Y añade que las cosas están ahora cambiando en forma acelerada. Por todas partes se dejan sentir los brotes de reafirmación étnica, lingüística y cultural de grupos sometidos antes a procesos de homogeneización por el centralismo de estados nacionales. Obviamente también es esto verdad y los medios de comunicación lo reiteran, informándonos cada día incluso de violentos enfrentamientos iniciados por quienes están resueltos a no seguir siendo absorbidos por poderes centrales, a los que han estado sometidos por la fuerza.

El propósito de lo que así nos presenta José María lo declara él mismo sin rodeos:

Sirva lo anterior al menos para exhibir una de las preocupaciones mayores de este simple historiador de una provincia de México y su intención de compartir con ustedes... el deseo de buscar una mejor concepción general y generalizada de la historia nacional, a sabiendas de que, para esta Academia, el ser "mexicana" no

la compromete únicamente con el Distrito Federal... sino también con todos y cada uno de los treinta y un Estados Unidos Mexicanos.

Así es, amigo, doctor Murià. Como lo has reconocido, a diferencia de otras academias que designan a sus miembros foráneos como "correspondientes", es decir no de número y pleno derecho, la nuestra de la Historia incluye entre sus titulares a varios que, como en el caso presente, aunque residan fuera del Distrito Federal, son tan de número como los demás. Al ingresar aquí, José María, con rica carga de intereses y preocupaciones acerca de la pluralidad histórica y cultural del ser de México, te encuentras en una casa en la que sus puertas se hallan abiertas para dar entrada a la plenitud de nuestra historia. Abarca ella, bien lo sabes, las significaciones que importa descubrir en la suma de acontecimientos que han tenido como marco el vasto territorio cuyos extremos son las dos grandes penínsulas nuestras, tan diferentes entre sí por su geografía y sus habitantes, la de California y la de Yucatán.

Se inspira José María en su discurso en tres aportaciones de otros tantos distinguidos estudiosos de nuestra historia y realidad social, José Gaos, Guillermo Bonfil y Luis González y González. Pienso que, a la luz de ellas, discurrirá mejor en su propósito de superar la que tiene como situación prevalente, de centralismo, también en nuestra historiografía. Del legado del maestro Gaos recoge la idea de apartarse de "los famosos marcos teóricos", esos que José María llama "marxófagos, que no marxistas, que estuvieron tan de moda en América Latina", y atina en cambio, con los conceptos o categorías —que Gaos llama— "autóctonos de cada sector de la realidad". A Gaos, añade José María, "le preocupaba sobremanera el eurocentrismo que ha prevalecido en la concepción de América y en especial de América Española".

Acerca de esto —y de lo que luego, citando a Guillermo Bonfil, nos dice Murià— se plantea cómo buscar enfoques nuestros para comprender y encauzar mejor lo nuestro. Sólo que aquí tenemos que matizar el riesgo del chauvinismo y peor aún

de una solapada xenofobia que serían tan contrarios a la comprensión histórica como el del eurocentrismo o cualquier otra forma de centralismo.

El, Guillermo Bonfil, Roberto Moreno de los Arcos y yo hemos librado hace poco una batalla que guarda relación con esto, justamente cuando se nos confió dar título y enfoque a la Comisión Mexicana para la Conmemoración del Quinto Centenario. Ataques con saña inaudita, recayeron sobre nosotros —en especial sobre mí— precisamente porque haciendo a un lado el tradicional eurocentrismo, afirmamos que había que tomar en cuenta a "los otros", los indígenas de este continente y los africanos traídos como esclavos, y adoptamos el título y enfoque del Encuentro de Dos Mundos. En un extremo estuvieron los impugnadores tradicionalistas que pensaron que con esto se privaba a España de su gloria de descubridora, y se concedía, por eso del "encuentro", igual rango a indígenas, negros y europeos. En el otro extremo, esgrimieron sus armas los que tuvieron por dulce y suave, hablar de "encuentro", a pesar de que esta palabra connota la idea de confrontación incluso bélica. Nos recriminaron ellos soslayar así genocidios y atrocidades de que fueron víctimas los nativos de estas tierras.

"En el medio se anda, en el medio se vive", dice un viejo refrán náhuatl, equivalente a tantos otros como el español de "en el medio está la virtud". Acertar con ese punto medio, el de equilibrio, no es cosa fácil, en especial para quien, como el historiador, ha de afanarse por ser objetivo y, en nuestro caso, por dar su lugar a cuantos con razón lo reclaman en un país como el nuestro, pluricultural y plurilingüístico.

Con buen tino ha aducido asimismo José María la aportación microhistórica de Luis González y González. Ha mostrado él cómo en lo diferente y, si se quiere lo pequeño, pueden percibirse tantas cosas del ser regional y nacional, que se atreve a hablar de "una historia universal de San José de Gracia". El enfoque no es ya aquel de quien contempla a distancia, desde una megalópolis, ombligo en donde se piensa y se fragua todo lo que importa. La

mirada y la conciencia se concentran en lo que es atributo propio y diferente de aquello que interesa conocer. No se piensa que San José de Gracia, o la realidad plena de Michoacán, Jalisco o Oaxaca, va a comprenderse proyectando sobre ellas los ecos y resonancias de lo que ha ocurrido en el ombligo, centro, megalópolis, enorme Tula contemporánea que, devorándolo todo, llega mucho más allá del Distrito al que atribuimos el adjetivo de Federal.

Con José María estoy decididamente de acuerdo en que —como él lo va logrando en su propia esfera de acción— los cauces de la historiografía mexicana deben ensancharse. Por ellos habrá de deslizarse el gran caudal de las corrientes todas que dan vida al ser histórico nacional. Las corrientes son entre sí diferentes y deberán conocerse y apreciarse como tales. Tomar plena conciencia de nuestro ser plural y compartirla con otros muchos, será uno de los mejores remedios para curar nuestra vieja dolencia del centralismo. Afirmar, por ejemplo, el derecho de los distintos grupos indígenas a mantener vivas y pujantes sus lenguas y culturas no resultará, como algunos piensan, en menoscabo de la “unidad nacional”. Y tampoco lo será atender y conceder su lugar a las diferencias regionales, sin las cuales, si bien se mira, el ser histórico de México no sólo se empobrece sino que se torna irreal.

José María Murià, con la fuerza de su sinceridad viene a romper lanzas contra la doble realidad del agudo centralismo en el acontecer que ha regido los destinos de México y del que es su consecuencia, el también centralismo en la concepción histórica de cuanto ha ocurrido. Pienso que los reclamos de nuestro nuevo colega están en consonancia con los afanes de nuestro tiempo. Vivimos en medio de dos tendencias, para algunos irreconciliables. De una parte, la globalización de la humanidad por obra de la tecnología. De otra, el resurgir de las identidades de grupos y pueblos que quieren mantener y fortalecer lo que los distingue de otros, sus culturas, tradiciones, lenguas e imágenes de sí mismos.

Punto de vista y postura decidida de José María, que otros y

yo en esta Academia compartimos, es que ambas corrientes no son incompatibles. La tecnología moderna podrá y deberá traer consigo grandes transformaciones en beneficio de todos. La reafirmación de las identidades étnicas y lingüísticas podrá ser origen de conflictos, como la historia y la experiencia contemporánea nos lo muestran. Pero también podrá darse en armonía como ha ocurrido, para citar un solo ejemplo, entre los suizos, de origen germánico, francés, italiano y romanche.

Reconocer la pluralidad en el ser histórico de un estado nacional y valorar su significación al inquirir acerca de su historia, traerá enriquecimiento en la realidad plena del correspondiente todo social de un país. Este es el reto que se nos plantea ahora y que habrá de volverse más apremiante aún entrado ya el siglo XXI. Al historiador, al antropólogo, al sociólogo y también al político, corresponde superar miopías para contemplar las diferencias y percatarse de que, tomándolas en cuenta, se vuelve más coherente el diálogo y se comprende mejor el sentido en el transcurrir de los tiempos, los pueblos y sus culturas.

Académico foráneo, pero de número y pleno derecho como los demás en esta casa, José María Murià no ingresa en ella por casualidad.

Has sido elegido porque tienes algo importante que decir y hacer en ella. Por esto, amigo y colega, me es muy grato darte ahora, en nombre de los otros académicos y en el propio, nuestra más cordial bienvenida.

